

LA PÉRDIDA DE ESPAÑA

ALBERTO BÁRCENA PÉREZ

Profesor de Historia de España del Instituto de Humanidades Ángel Ayala-CEU en la
Universidad San Pablo-CEU

La relación entre Oriente y Occidente, que sirve como hilo conductor a estas Jornadas, es una realidad compleja, variable, y que abarca las relaciones e influencias mutuas que se han dado entre un buen número de civilizaciones a lo largo de varios milenios.

En lo que se refiere a España esas relaciones han revestido, también, aspectos muy diferentes. Por no remontarme más lejos del segundo milenio antes de Cristo es una referencia obligada la colonización de los fenicios, fundadores de Cádiz allá por el 1.100 a. C., cuya cultura fue uno de los ingredientes más decisivos en la configuración de lo que conocemos como cultura ibérica.

De todo el conjunto de realidades que abarcan, pues, esas relaciones Oriente-Occidente, este trabajo se centra en la invasión de España por los musulmanes en 711, momento que he titulado "La pérdida de España", título que he tomado del romancero castellano, concretamente del romance que conocemos como el de "don Rodrigo o la pérdida de España", que se centra en la batalla de Guadalete, una de las más decisivas de la historia de Europa, ya que condiciona la de buena parte del Continente, la península ibérica en primer lugar, pero también, en mayor o menor medida, la de todos los países ribereños del Mediterráneo.

Se enfrentaban en aquella jornada histórica Oriente, representado por una civilización, el Islam, que allí había nacido y los visigodos españoles, que representaban a Occidente, cultura ampliamente cuajada desde hacía ya varios siglos si bien había sido asimilada en distinta medida en el continente. Dentro del mismo imperio romano no todos los territorios que habían formado parte del mismo

fueron romanizados con la misma intensidad. Con excepción de la península itálica ningún otro de aquellos territorios llegaron a tener en Roma mayor peso que el viejo solar de los íberos, rebautizado por los invasores romanos con el que habría de ser su nombre definitivo: Hispania.

Aparece el nombre que da título al romance. Ya antes de la caída del Imperio el nombre de España se pronuncia exactamente así.

Debemos definir, ante todo, la identidad del país que sufría la invasión de los soldados de Mahoma.

En primer lugar, desde el punto de vista geográfico, España es el más occidental de los países ya que de las tres penínsulas que Europa abre al Mediterráneo es la situada más hacia el oeste. Los romanos llamaron Finisterre (el fin de la Tierra) al cabo español que, para ellos, se situaba en los confines del mundo. Más allá se abría solamente el océano temible.

Tierra donde se desarrolla una rica cultura de fusión, Iberia es conquistada por los ejércitos de la Roma republicana a lo largo de doscientos años de lucha intermitente, entre el 219 y el 19 a. C. Se trata de la más larga de las conquistas emprendidas por la República durante su expansión militar. La resistencia de los celtíberos, jalonada de asedios inconcebibles y guerra de "guerrillas" en la que desplegaron un raro valor, asombró al mundo civilizado. Ese espíritu de resistencia, bien conocido por él, sería utilizado por Sertorio para oponerse, desde Hispania, al partido senatorial, y al propio Sila, trasladando, entre los años 82 al 72 a. C., el teatro de operaciones de las luchas finales de la República al territorio hispano, logrando unir bajo su mando a las tribus celtíberas.

A pesar de todo, la romanización de la península ibérica era, ya en aquel momento, un proceso antiguo, que se inicia con la misma conquista. Escipión el Africano había fundado Itálica, iniciando una política que Roma mantendrá durante siglos: la fundación de colonias que se irán comunicando entre sí a través de las calzadas que construyen las legiones, terminando definitivamente con el aislamiento en que la orografía hispana mantenía a buena parte de aquellos pueblos que luchán contra el invasor.

Los "cursus honorum" se labraban ya en Hispania y por aquí pasaron, dejando su huella, los nombres más sonoros de la Roma republicana: Servilio Cepión, Escipión Emiliano, Quinto Cecilio Metelo, el Numídico, Metelo Pío, el fundador de Medellín (Metellinum), Publio Cornelio Emiliano ... lo más granado del patriciado y de la nobleza plebeya. Y también "hombres nuevos" como Cayo Mario o Cneo Pompeyo que vino a terminar con la amenaza de Sertorio y establece su campamento en Pompaelo, que será el origen de Pamplona. Y, por último, el más brillante de toda esa serie de forjadores de la grandeza de Roma: Cayo Julio César. Cuestor en la Ulterior en el 69 a. C., con residencia en Cádiz, donde hará amistad con el famoso Balbo, vuelve como pretor en el 61, siendo ya Pontífice Máximo. En ésta su segunda estancia en Hispania consigue arrancar a los lusitanos de sus sierras para establecerlos en las llanuras donde serán romanizados. Desde allí, por

la Vía de la Plata, avanza sobre la rebelde Galicia, que conquista, consiguiendo que Roma le ofrezca un "triunfo" por ello. Fue César quien concedió la ciudadanía plena a Cádiz y a Lisboa. Funda colonias en Urso, Híspalis, Corduba... Toda la Bética es ya un trozo entrañable de Roma.

En la época imperial el proceso de romanización se hará más rápido y más intenso. En el invierno del 27/26 a. C. Augusto convierte a Tarraco en capital provisional del Imperio. Viene a concluir la conquista de Hispania donde aún resisten los cántabros. De forma sistemática, como lo hubiese hecho su tío, al estilo romano, traza calzadas nuevas, levanta campamentos, funda ciudades como Braga y Lugo para cortar la retirada del enemigo ... Cantabria muy pronto será incorporada a la Citerior y, en el 24 a. C., Augusto regresa a Roma dejando una Hispania pacificada y una nueva distribución territorial: la Ulterior ha sido dividida en dos provincias; la Bética, con capital en Corduba, y Lusitania, con capital en Emérita Augusta (Mérida), trazada en cuadrícula, siguiendo, como de costumbre, el plano de un campamento militar.

A su marcha deja otras colonias importantes en Barcelona y Cesaraugustea (Zaragoza), donde en el siguiente siglo, según la tradición jacobea, Santiago el Mayor habría fundado la primera comunidad cristiana...

Augusto, además asienta en Hispania a ochenta mil veteranos con sus familias que van a darle a la romanización proporciones nuevas. Mientras, los hispanos se incorporan al ejército romano como tropas auxiliares; cuarenta mil hombres, organizados en cohortes, que se integran en las legiones de forma permanente, en base a levadas anuales de siete mil hombres.

En Tarraco se inicia el culto al emperador. Allí, por vez primera se le diviniza y se levanta un templo en su honor en agradecimiento por haber traído la "Pax Augusta", y por haber elevado a la ciudad al rango de capital imperial. Hispania, como el resto del Imperio, entra en un período de prosperidad y se siguen construyendo calzadas, puentes y acueductos, mientras, en las ciudades, se consolida una aristocracia hispano-romana que será en su día representada en el Senado de Roma.

En el siglo I d. C. la historia de Roma se funde, ya definitivamente, con la de España, que se convierte en la cuna de grandes representantes de la cultura romana: Lucio Anneo Séneca, máximo exponente del estoicismo hispano que impregnará a los emperadores de origen hispano, procedentes, como el mismo Séneca de la Bética; su nieto Marco Anneo Lucano, nacido en Córdoba, autor de la Farsalia, poema épico sobre las guerras civiles que exalta a la dinastía de los Julios. Fue el poeta más destacado de la corte de Nerón, quien después de atraerlo, terminó prohibiéndole que continuara escribiendo. Involucrado en la conspiración de Pisón, el emperador le obligó a quitarse la vida; y, completando el grupo de hispanos que ocupan lugar destacado entre los autores romanos de siglo I, Marco Valerio Marcial.

Existe ya, en esa época, un grupo de hispanos que destacan en la sociedad romana, y no solamente por sus talentos artísticos. La dinastía de los Flavios les abre las puertas del Senado, haciendo posible que aspiren a las más altas magistraturas. Es el caso de Marco Ulpio Trajano, nacido en Itálica en el 53 d. C., en el seno de una familia senatorial de origen provincial: los Ulpios. Hacia el 70 d. C. se encuentra ya en Roma donde comienza la carrera propia del hijo de un senador. Cónsul en el 91, y gobernador, en el 97 de la Germania Superior. Allí le llega la noticia de que ha sido adoptado por Nerva que lo asocia al trono. No han transcurrido dos años cuando Trajano se convierte en el primer emperador de la historia de Roma de origen provincial, inaugurando la dinastía de los Antoninos llamada también dinastía hispánica, una de las más gloriosas.

Trajano conquista la Dacia cuyas minas de oro y sal servirán para financiar sus grandes construcciones, que incluyen una ampliación de los foros imperiales, y que aquí en España se ven representadas por el Puente de Alcántara. En aquella campaña su estado mayor estaba formado por hispanos, como hispanos eran, asimismo, buena parte de los legionarios.

Conquista también la Arabia Petra, y dirige personalmente la campaña contra Armenia que tuvo como resultado la incorporación del norte de Mesopotamia al Imperio. Los confines de Roma nunca habían estado tan lejos de la Urbe, ni volverían a estarlo.

En su lecho de muerte Trajano designa como sucesor a un pariente suyo, cuyo origen hay que buscar también en la Bética: Adriano, cuyo tutor, el también hispano Aciano, había sido amigo del difunto emperador. En el año 100 Adriano se había casado con Sabina, sobrina nieta de Trajano lo que le acerca más aún a la sucesión imperial que le llegaría en el 117.

Como emperador Adriano deja un legado importante en el aspecto cultural. A él se debe la construcción del mayor templo pagano que se ha conservado en la capital del Imperio: el Panteón. Edificio imponente, rodeado de misterio, y que nos transporta, como ningún otro a la Roma del siglo II. Se especula sobre la posibilidad de que el propio emperador interviniera en su diseño, lo que sería, de ser cierto, la prueba más palpable de sus inquietudes artísticas, bien conocidas de los historiadores.

Los restos mortales de Adriano fueron depositados en el más imponente de los mausoleos romanos; el llamado castillo de Sant' Angelo, que sería, con el paso de los siglos, convertido en fortaleza de los Papas. Fue el primer emperador, después de Augusto, que visitó España; concretamente Tarraco y Gades. Como recuerdo de su reinado se conserva, por último, el Arco de Medinaceli.

El siguiente emperador fue Antonio Pío, hijo adoptivo de Adriano, y suegro del siguiente emperador: Marco Aurelio.

Nieto de un senador hispano, originario de Ucubi (Espejo), su reinado se caracteriza por el continuo batallar contra los pueblos germánicos que atacan ya, tenazmente, el "limes danubiano", obligando al emperador a inaugurar una política

de firmeza y de negociación a un mismo tiempo. Mediante los pactos de federación empiezan a asentarse los pueblos bárbaros en las fronteras de Roma, y sus hombres engrosarán sus legiones hasta llegar a representar un peligroso porcentaje de las mismas. Es el proceso de germanización del ejército romano que se revelará nefasto en la hora final de Roma..

De Marco Aurelio resulta obligado recordar su faceta de pensador, de filósofo estoico, autor de las "Meditaciones".

Con el emperador Cómodo, de triste recuerdo, termina esta dinastía de origen hispánico, que, mantuvo, a través de las generaciones, su vinculación con Hispania mediante sus matrimonios y sus relaciones, políticas y personales, con los miembros de aquella comunidad hispánica que, como ellos mismos, vivían en Roma sin romper nunca su vinculación con su tierra de origen. Con Trajano entraron en el Senado un buen número de hispanos, cerca de treinta, y ese porcentaje, realmente elevado por cierto, se mantendrá con el siguiente emperador.

No hay una demostración más elocuente del peso que las provincias hispánicas habían adquirido en Roma, a finales del siglo I, que el estudio de los Antoninos y el de su entorno familiar, sus relaciones políticas y de clientela.

Uno de los elementos fundamentales de la civilización occidental, el Cristianismo, se extiende a través de la geografía ibérica desde los primeros tiempos. Independientemente de la tradición jacobea, y la probable venida de San Pablo a España, limitándonos tan sólo a lo que es puramente histórico, en el sentido de documentado, es evidente que ya en el siglo III, como muy tarde, existe en España una organización eclesial, como demuestra el hecho de que recién iniciado el siguiente siglo, en el año 302 exactamente, se celebre en Iliberri (Granada), el Concilio de Elvira. A él acuden 19 obispos y 24 presbíteros, la mayoría de la Bética, no por casualidad la más romanizada de las provincias hispánicas, aunque ese dato no resulte concluyente dado el lugar en que se convoca éste primer concilio de la Iglesia española y las probables dificultades que podrían haber encontrado para desplazarse sus representantes de otros lugares más alejados.

Se deduce de las actas del Concilio que existen 37 comunidades cristianas en España; entre ellas las de Guadix, Corduba, Híspalis, Martos, Granada (Iliberri, el lugar que les acoge), Emérita Augusta, Cesaraugustea, Toledo, Baza, Málaga, Osuna, Cartagena, Écija... La comunidad más septentrional allí representada fue la de León, la ciudad que tomaba su nombre de la Legio VII, la más hispana de las legiones romanas.

Entre otras cuestiones trataron aquellos padres conciliares del celibato eclesiástico, tema de debate interno en aquel momento en toda la Iglesia, fijando una postura muy clara al respecto: aquellos clérigos que estuvieran casados podrían seguir conviviendo con sus familias sin hacer uso del matrimonio, como solución provisional, pero rechazan para el futuro el matrimonio de los mismos. El concilio de Elvira tuvo una repercusión innegable en la Iglesia universal a la hora de fijar, como norma, el celibato eclesiástico.

Es un dato digno de ser resaltado el que este concilio se celebre en vísperas de la peor y más sangrienta de las persecuciones contra los cristianos: la de Diocleciano, que se inicia en el 303, y será, también, la última, dejando en las provincias hispanas un número importante de mártires que serán, como dijo Tertuliano "simiente de nuevas conversiones". Destacan, entre todos, tres soldados de la Legio VII: San Marcelo, San Emeterio y San Celedonio. Los dos últimos, que sufrieron el martirio en Calahorra, son los patronos de la ciudad de Santander, en cuyo escudo figuran actualmente. Sus reliquias (las cabezas) fueron llevados allí y dieron origen a peregrinaciones famosas en la Alta Edad Media. Realmente la ciudad les debe el auge que transformó su puebla vieja, convirtiéndola en una de las paradas del Camino de Santiago, con las consecuencias espirituales, económicas, y culturales que ello conllevaba.

Sufren el martirio en la misma persecución las Santas Justa y Rufina, en Sevilla; en Zaragoza San Vicente y Santa Engracia; Santa Leocadia en Toledo; San Acisclo en Córdoba; San Félix en Gerona; los Santos Justo y Pastor en Alcalá de Henares; y, una de las más conocidas por la posteridad: Santa Eulalia de Mérida.

Muy pocos años más tarde, con el Edicto de Milán, la situación de los cristianos en el Imperio mejora notablemente al establecerse la libertad religiosa. El Emperador Constantino se involucra completamente en la defensa del cristianismo católico al convocar el Concilio de Nicea, que preside el hispano Osio, Obispo de Córdoba. Se trata del primer Concilio Ecuménico, y uno de sus objetivos principales será impedir la propagación de arrianismo. El gran Osio, la figura más destacada de la Iglesia hispana de los primeros tiempos, inspira el Credo de Nicea.

El cambio decisivo llegará con un emperador de origen hispano: Teodosio el Grande, que, a finales del siglo IV, prohíbe el culto pagano, proclamando el Cristianismo como religión oficial del Imperio, con el apoyo de un grupo hispánico tan influyente en aquel momento como el que había ayudado, en su día, al encumbramiento de Trajano y sus sucesores, entre los que cabe destacar a San Dámaso, Papa.

Teodosio el Grande era natural de Cauca (la Cauca segoviana, aunque hay autores que la sitúan en Galicia), hijo de Honorio Teodosio, natural también de Cauca, el general más prestigioso de Roma, pacificador de Britannia, defensor de las fronteras del Rhin y de África.

Volvemos a encontrar en Roma un brillante grupo de intelectuales de origen hispano como Prudencio y Orosio, que nos transmiten una idea de España teñida de providencialismo, como provincia predestinada a preservar la herencia romana, defendiéndola de la ya inminente amenaza de las invasiones bárbaras.

Efectivamente, éstos no tardarán en llegar sin que España, por cierto, pudiera hacer nada por evitarlo. En el 407, Alanos y Vándalos irrumpen en las fértiles tierras de Lusitania y de la Bética, a la que darán su nombre, Vandalusia, mientras los Suevos conquistan Galicia, donde formarán uno de los primeros reinos germánicos.

Once años más tarde, en el 718, Roma establece a los Visigodos en el Sur de las Galias, dando origen al Reino de Toulouse, desde el que, presionados por los Francos, comenzarán a introducirse en la Tarraconense. En el 475 el anteúltimo emperador romano les establece, mediante pacto de federación, en España, con la esperanza de que puedan expulsar a los otros pueblos germánicos que, de forma ilegítima y violenta, se habían adueñado de éstos territorios. El pueblo visigodo, con su rey Eurico a la cabeza, llega justo a tiempo de establecerse aquí observando los formalismos que les convierten en aliados de una Roma agonizante en vez de invasores bárbaros. Es un matiz importante ya que podrán presentarse a sí mismos, durante siglos, como continuadores de la legitimidad romana, olvidando que, antes de establecer aquellas alianzas habían saqueado Roma en el 410.

De ésta forma España se adentra, como el resto de las provincias occidentales del Imperio, en una nueva era, la Edad Media, y en nueva etapa de su historia, la que aporta, por cierto, el último de los elementos constitutivos de su identidad: la Monarquía Visigoda.

En el conjunto de los pueblos germánicos los Godos destacaban, desde dos siglos atrás, por ser uno si no el más romanizado de aquellos. Asentados en Dacia ya en el siglo III, rechazados por Bizancio en el IV, han ido impregnándose de cultura romana, de manera más o menos consciente, hasta convertirse en los aliados federados en la Galia y España que veíamos más arriba. Conocen el latín y han abandonado el paganismo para hacerse cristianos, si bien seguidores de la herejía arriana, cuando se establecen en la vieja Hispania, cuyo nombre conservarán y harán suyo.

Derrotados por los Francos en Vouillé, los Visigodos se instalan en España, estableciendo su capital en Toledo, manteniendo su control sobre la Septimania, que formará parte del nuevo reino.

En el 585 el rey Leovigildo ocupa Galicia y termina con el Reino Suevo. Con retraso los visigodos han cumplido una de las misiones que Roma les había encomendado al asentarlos, pero será ya en beneficio propio. Tan sólo permanecen en territorio español los bizantinos que no serán expulsados hasta el reinado de Suintila (621 -631), que consigue, con esta victoria, unificar todo el territorio español. La presencia de los bizantinos, romanos orientales, había influido decisivamente en la cultura visigoda que interpreta el arte y el boato de la corte de Bizancio en la suya de Toledo. Porque Bizancio, aunque fuese un enemigo a batir y expulsar, seguía representando, para los godos, el modelo cultural romano, el que habían tomado como guía espiritual hacía ya cientos de años, desde que, atravesando Europa, en dirección Sureste, abandonaron sus tierras del Norte, en la actual Escandinavia.

Es el modelo, también jurídico, que seguirá el rey Recesvinto cuando redacta el Liber Iudiciorum (654), código nacional de la España visigoda, inspirado en la legislación de Justiniano.

En el siglo anterior, en 589 concretamente, Recaredo ha unificado espiritualmente al reino, renunciando solemnemente al arrianismo de sus mayores; la herejía que su padre, Leovigildo, quiso imponer como única religión. Su hijo, tomando una decisión opuesta, aceptaba la religión del pueblo sometido, el Catolicismo por el que su hermano Hermenegildo había expuesto y perdido la propia vida. En el III Concilio de Toledo España volvía a ser oficialmente católica y el Papa, San Gregorio Magno, exultante, felicitaba al rey que reintegraba a España al seno de la Iglesia de Roma.

Los visigodos, a lo largo de los siglos VI y VII, le dieron a España una dimensión desconocida. Por primera vez en su historia, era un país soberano, independiente, que se gobernaba desde el centro mismo de la Península Ibérica, con instituciones nuevas y originales: Monarquía electiva, de tradición germánica y Concilios de Toledo, expresión perfecta de lo que siglos más tarde se conocería como el Antiguo Régimen, caracterizado por la unión del Trono y el Altar.

Es la España que exalta uno de los personajes más importantes que España ha dado a la Europa medieval: San Isidoro de Sevilla.

Obispo de la antigua Híspalis, como lo fuera su hermano, San Leandro, artífice de la conversión de San Hermenegildo, San Isidoro atrae a su diócesis a estudiantes de toda España. A través de los decretos del IV Concilio de Toledo establece la enseñanza en todos los Obispados españoles, adelantándose a las Escuelas Catedralicias de Carlomagno, origen de las primeras Universidades de Europa. Su magnífica biblioteca, una de las mejores del Continente, le permite redactar sus "Etimologías", compendio del saber del mundo clásico, comentado por el autor. Registra, jubiloso, la reciente expulsión de los bizantinos, que ha permitido la definitiva unificación del Reino al que anuncia un futuro halagüeño y brillante. El futuro que nunca llegó porque fue destruido, antes de nacer, por una invasión imprevisible.

Hemos considerado las notas esenciales del ser de aquella España a punto de desvanecerse, y aparecen con claridad meridiana a la luz de la Historia:

- La herencia romana, que más bien podríamos llamar raíz y molde de una España unificada en lo cultural, configurada definitivamente durante los siglos en que formó parte del Imperio, del que tomó la ley, la lengua, la cultura y los ideales. En el que llegó a ser pieza imprescindible, foco de influencia política y también cultural.
- El Cristianismo, adoptado heroicamente desde los primeros tiempos, implantado en la misma Roma, como religión oficial, por un Emperador de origen hispano. España fue, como tarde desde el siglo III, tierra de mártires y Concilios como el de Elvira que habrían de influir decisivamente en el conjunto de la Iglesia. Tierra fiel a la Sede de San Pedro a despecho de invasiones heréticas, en la que el propio invasor se convierte al Cristianismo Católico y sienta a sus Obispos en las instituciones más características de la Monarquía.

- La aportación germánica que sabe tomar los anteriores elementos, hacerlos suyos y, con ellos, configurar una nueva Patria independiente y soberana.

Elementos todos ellos definitorios de la Civilización Occidental a la que España ha pertenecido desde sus primeros atisbos históricos hasta llegar a ser parte decisiva en la formación de lo que conocemos como Occidente.

Éste era el Reino germánico que una civilización oriental se disponía a invadir en los inicios del siglo VIII. Esa civilización, el Islam, estaba entonces en proceso de formación ya que, al ser la suya una cultura de síntesis, se irá conformando a lo largo del tiempo, cuando merced a sus conquistas, entre en contacto y asimile, en la medida de lo posible, la herencia de otras civilizaciones anteriores, sobre todo la romana. Porque el Islam desde su nacimiento crece a costa de territorios romanos, ya sean bizantinos o herederos, como la propia España, del Imperio Romano de Oriente.

Nacido en Arabia durante el siglo VII, el Islam constituye un claro ejemplo de cómo un cambio religioso puede transformar completamente el destino histórico de un pueblo. Los árabes no habían alcanzado la unidad política hasta que Mahoma, conocedor del Cristianismo y del Judaísmo, les convierte a una religión monoteísta y, en el 630, conquista La Meca con 10.000 musulmanes de la primera "umma". Tras su muerte, en el 632, el primer califa, Abú Bakr, consigue la unidad de Arabia en tan sólo dos años de lucha. Después de esto los árabes, por primera vez en su historia, empiezan a extenderse fuera de sus fronteras en aplicación de la "yihad". El mundo, desde su concepción del mismo, se divide tan sólo en dos territorios: los países que formen parte del Islam ("Dar al Islam") y los demás, a los que, significativamente, llamarán "Dar al Harb" ("la Casa de la Guerra"), y con estas creencias, elementales pero de una eficacia arrolladora, dan comienzo a una de las mayores conquistas militares de la historia universal.

El sucesor de Abú Bakr, el califa Omar conquista Siria, Palestina y Egipto. Tres territorios de excepcional importancia histórica, estratégica, y económica que, habiendo sido romanos durante 500 años o más, formaban entonces parte del Imperio Bizantino, lo que quedaba del Imperio Romano. Es difícil, desde el siglo XXI, imaginar lo que supuso para la Cristiandad la pérdida de aquellos países, entre los cuales se contaban los "Santos Lugares", y la milenaria civilización del Nilo donde el Cristianismo arraigó desde los tiempos evangélicos, cuna del movimiento eremítico.

El califa Uzmán, entre los años 644 y 656, continúa la expansión ocupando Libia, Irak, Afganistán y Armenia, país evangelizado por San Bartolomé, uno de los primeros, por tanto, en abrazar la nueva religión.

Tras la muerte de Alí, es elegido nuevo califa Mohavia que lleva a los Omeya al poder. La capital del Islam se traslada a Damasco y, desde allí, continúan las conquistas de forma imparable, mientras el califato se convierte en una monarquía hereditaria, que dirige la expansión hasta el 750. Los Omeya conquistan Túnez y Marruecos. El Islam es ya un inmenso imperio que se extiende por Asia y África

hasta el Atlántico, en su mayor parte sobre territorios que eran cristianos y de herencia romana, como lo era España, a punto de convertirse ya en el próximo objetivo de aquel imperio que venía de Oriente.

La monarquía visigoda ve aparecer, al sur del Mediterráneo, una potencia agresiva, en pleno crecimiento, que ha sometido más de la mitad del territorio que, en su día fue la base del Imperio Romano y ha quedado constancia de que lo percibe como una clara amenaza.

Al menos el rey Egica, en el Concilio XVII de Toledo, celebrado en el 694, denuncia públicamente una conspiración que tiene por objeto acabar con los reinos cristianos. En España, según el rey, dicha conspiración se trama entre los judíos españoles y los musulmanes recientemente instalados en el norte de África. Es cierto que en el Concilio XVI de Toledo se exige a los judíos que se conviertan al Cristianismo, lo que provoca que muchos de ellos emigren a África donde confían en ser tratados por los musulmanes como "Pueblos del Libro".

Tan solo faltan 17 años para que se produzca la invasión musulmana, y sabemos, por otra parte, que los judíos colaboraron con los invasores que les entregan el gobierno de las principales ciudades, lo que demuestra que los informes en que basa Egica su denuncia pública, fueran del origen que fueran, bien pudieron ser veraces, ya que dicha conspiración parece claro que existió y no tardaría en dar sus frutos.

La invasión de España se produce a causa de una de nuestras constantes históricas más peligrosas y repetidas durante siglos: la desunión interna de la clase dirigente en momentos de grave amenaza exterior. Baste tan solo recordar las circunstancias que rodearon a la invasión napoleónica, por no mencionar más que un ejemplo.

El Reino de España sucumbiría a la llamada "enfermedad de los godos" o "morbo gótico", que alude a las luchas de los clanes nobiliarios por el trono. Luchas que marcaron el final y el comienzo de la mayor parte de los reinados y que encerraban una terrible advertencia para los españoles del futuro.

Efectivamente, en el 711 España vivía una de aquellas crisis sucesorias, abierta, en este caso, a la muerte de Vitiza, el año anterior. Los nobles designan al Duque de la Bética (sobrevivían los nombres y las demarcaciones latinos), Roderico, al que llamamos Rodrigo, respaldado por su reputación militar, lo que contraría los proyectos de los hijos de Vitiza, Akhila, Duque de la Tarraconense, que aspiraba a ser el nuevo rey; Olmundo; y Ardabasto.

Aspiraban a repartirse los estados que gobernó su padre, y contaban con el apoyo de sus tíos: Sisberto y Oppa, Metropolitano de Sevilla, el traidor Obispo don Opas del romancero castellano. Estos eran los jefes del llamado partido vitizano que contaba con importantes apoyos como el de Julián (otro de los traidores inmortalizados por el romancero), gobernador de Ceuta que pacta con Tariq la entrega de la fortaleza que debía haber defendido, y se convierte en mediador entre los vitizanos y los árabes, que por esta alianza antinatural serán considerados en

España como auxiliares de uno de los partidos que, una vez más, se disputaban el trono. Del mismo modo entraron los bizantinos, llamados por Atanagildo.

Las crónicas árabes y las españolas coinciden en señalar que el gobernador de Tánger, Tariq, lugarteniente de Muza, recibió a un hijo de Vitiza que solicita su intervención en España. Otro códice recoge la llegada a Ceuta de los vitizanos para, utilizando a Julián como enlace, establecer contacto con los árabes.

El primer desembarco de los musulmanes en España no pasó de ser una expedición a Tarifa con el fin de examinar el terreno, en Julio de 710.

Mientras se llevan a cabo estos preparativos los vascones se sublevan en el Norte, lo que será una gran ayuda para la causa de los vitizanos. Nada más descriptivo de aquellos momentos que esta cita de Sánchez Albornoz: "Otras gentes en España cometieron otro error grave. Los feroces vascones se sublevan de nuevo en sus ásperas montañas. Sus levantamientos habían coincidido, de ordinario, con los periodos de discordia o de problemas en el sur".

Don Rodrigo está luchando con los vascones en el Norte cuando, el 28 de Abril de 711, Tariq dirige el desembarco de sus hombres en la roca que, desde entonces, se llama "monte de Tariq": Gibraltar.

El Islam pisa territorio europeo y llega en los barcos que le había proporcionado un español: Julián, el gobernador de Ceuta. Su primera conquista fue la ciudad de Carteya, en la bahía de Algeciras. Los invasores son una tropa de 7.000 hombres entre árabes y bereberes, dos grupos que acabarán protagonizando, poco después, luchas sangrientas cuando ya la conquista de España era un hecho consumado y los árabes traten de relegar, en todos los sentidos, a sus colaboradores y hermanos de religión, los bereberes.

Mientras Tariq avanza hacia Sevilla, Don Rodrigo, abandonando la lucha contra los vascones, baja a la velocidad que le es posible, hacia el Sur para frenar el avance musulmán. No se trataba ya de una guerra civil por el trono si no de salvar el reino visigodo de España y él tenía que percibirlo claramente.

El encuentro decisivo se produce a orillas del Guadalete, con toda probabilidad junto a la laguna de la Janda. La batalla duró una semana. Son, en realidad una sucesión de batallas encarnizadas donde se enfrentan Oriente y Occidente. Como en Maratón o en Micala. Pero en esta ocasión los abanderados de Occidente, los Visigodos, son derrotados y toda Europa peligra.

Ocho batallas, una detrás de otra, en las que los dos bandos saben lo que está en juego: para los árabes es el dominio del mundo civilizado, para los visigodos la supervivencia de su reino, su religión y su cultura. Detrás, para unos y otros, está el resto del Continente.

"Las huestes de don Rodrigo
desmayaban y huían
cuando en la octava batalla

sus enemigos vencían”

dice, con exactitud histórica, el autor anónimo del romance, que pone en labios del último de los reyes visigodos de España la siguiente queja:

“Desdichada fue la hora
desdichado fue aquel día
en que nací y heredé
la tan grande señoría
pues lo había de perder
todo junto y en un día”.

Efectivamente. En un día se había perdido España y el poeta, desde su visión castellana, y por tanto heredera de aquel reino, lo siente así. En un solo día se había perdido una parte esencial del continente europeo, estratégica y culturalmente hablando; un bastión del cristianismo católico y una sociedad que era el fruto de la herencia romana y la tradición germánica, fundidas, trabajosamente, en el crisol español, durante generaciones. Todo lo que el Reino de España representaba.

Aprovechando el desconcierto visigodo tras la derrota, los musulmanes persiguen los restos del ejército español que se bate en retirada, deshecho.

Volviendo al romance, de nuevo, con gran precisión, su autor consigue transmitirnos la magnitud de la derrota, y refiriéndose siempre al rey, que desde una altura contempla el desolador espectáculo, sigue su descripción:

“Desde allí mira su gente
como iba de vencida.
Mira el campo, tinto en sangre
la cual a arroyos corría.
Mira por sus capitanes
y ninguno parecía.
Mira por sus estandartes
y banderas que tenía
cómo están todos pisados
y la tierra los cubría”.

Dejando Córdoba sitiada, Tariq, guiado por Julián, llega hasta Toledo, la capital del reino y reconoce a los vitizanos la posesión de ciertos territorios, pero, finalmente, les revela sus propósitos: su ejército no ha intervenido en España para entronizar a uno de ellos. El reino de España acaba de desaparecer, y a él solo le queda terminar de someter lo que del territorio español era todavía libre.

El siguiente año, 712, viene a España Musa ben Nusayr (Muza) para terminar lo que su lugarteniente había comenzado y en la misma Toledo proclama soberano de España al califa de Damasco, Ualid I. España se ha convertido en un "valiato", una simple provincia del Califato.

La conquista no se completa, realmente, hasta el 714, año en que los árabes someten todo el valle del Ebro en la que resultó ser la más dura de las campañas de aquella guerra, iniciada tres años antes.

España pierde así la independencia política, su propia soberanía, que disfrutaba desde hacía ya más de dos siglos, para ser, nuevamente gobernada desde una metrópoli lejana, para formar parte de un imperio. Pero esta vez su metrópoli no es Roma sino Damasco, una ciudad oriental mucho más distante que Roma, no sólo geográficamente, sino en el aspecto cultural. España ha sido arrancada de la civilización occidental para formar parte del mundo oriental, de la más formidable potencia que, en aquellos años, controlaba una gran parte de Asia, y cuya expansión no había terminado. Todavía 800 años más tarde, el Islam conquistaría Bizancio, incluida su capital, Constantinopla, la segunda Roma, que pasará a llamarse Estambul.

Tras la ocupación de España, los árabes ven abierta la puerta de Europa y se deciden a conquistar, en primer lugar el Reino Franco, otro de los reinos germánicos, formado a la caída de Roma sobre lo que habían sido las Galias, otra de las provincias cuya posesión fue vital para Roma y donde su herencia permanecía igualmente, asimilada por los Francos, oficialmente católicos desde el 496.

La batalla de Poitiers (732) representa otro de los momentos decisivos en la historia de la humanidad. Nuevamente Oriente y Occidente se enfrentan, en territorio europeo, para decidir el futuro de dos civilizaciones o, más exactamente, la supervivencia de la Occidental. Y esta vez, contrariamente a lo ocurrido en las orillas del Guadalete, un ejército europeo, capitaneado por Carlos Martel, frena el avance musulmán y aleja de Europa la amenaza.

A pesar de dicha victoria su nieto Carlomagno establecerá la Marca Hispánica para proteger sus territorios de futuros avances por parte de los musulmanes, y España será, durante siglos, el valladar que detendrá la expansión del Islam.

Porque inmediatamente se forman los primeros núcleos de resistencia al amparo de las montañas del Norte. Ya en el 722 tiene lugar la batalla de Covadonga, que marca el inicio del proceso de 700 años que conocemos como Reconquista. Los reyes de Asturias inician la Repoblación, dando origen al reino de León, en cuya frontera oriental brilla con luz propia el condado de Castilla. El condado poblado por las gentes más duras y tenaces del reino; los que cada verano tienen que hacer frente a los ataques de los moros que, desde Córdoba, entran, por el valle del Ebro, en aquellas "mandaciones" con el solo fin de arrasarlo y hacer que los cristianos desistan en su empeño de seguir avanzando hacia el Sur para recuperar la vieja patria de los godos. Allí, en la primera mitad del siglo X, crece un

niño, heredero de la Casa de Lara, que desde el castillo en el que había nacido ve cada verano arder toda la mandación de Lara. Es el mismo que, a su muerte, dejará, como legado histórico, una Castilla unificada y dueña de sus destinos, libre ya de trabas para dirigir la Reconquista de la forma más audaz, y hasta sus últimas consecuencias. Estoy hablando, claro está de Fernán González. Con él los cristianos han llegado ya al Guadarrama. Están ya en Sepúlveda...

La España cristiana de los primeros núcleos de resistencia, occidentales y orientales, no pierden nunca el sentimiento de pertenecer a una patria común, que es necesario recuperar y surge el título de Emperador de España, reconocimiento evidente de esa realidad, de aquel ideal, por el que luchan todos.

Ya en el siglo XIII llegamos a uno de los momentos decisivos de la Reconquista y también de la lucha Oriente-Occidente que se desarrollaba, desde siglos atrás, en el solar hispano. Otra vez, una más, otro enfrentamiento, vida o muerte, entre ambos mundos: las Navas de Tolosa.

Allí concurren los monarcas cristianos de los llamados "Cinco Reinos" (excepto el leonés) y terminan con el poder almorávide que había dirigido la tercera de las invasiones islámicas que había, hasta entonces, sufrido el territorio español. La Reconquista entraba en una nueva fase. Ya se vislumbra el final. Pero ese final tardaría en llegar todavía doscientos años, y no se producirá hasta que la Reina de Castilla, Isabel, reforzada por su enlace con el Rey de Aragón, decida destinar todos los recursos del Reino a terminar con el último territorio musulmán en España. En 1492 cae el Reino nazarí de Granada y se cierra un ciclo de la historia de España y de la historia de las civilizaciones. El Islam era expulsado de la Europa occidental. Se realizaba el ideal de todas las dinastías reales hispánicas y el de sus vasallos. Reconquista es volver a conquistar. Los descendientes de romanos y godos recuperaban la tierra de sus antepasados, y lo conseguían porque nunca, ni en los períodos más oscuros, habían perdido la fe en su destino y en el auxilio divino, que vieron materializarse en la intervención directa del Apóstol Santiago, cuya importancia, sean o no sean sus restos los conservados en Compostela, es inmensa para la España cristiana de aquellos siglos; el "Camino de Santiago" fue el nexo, físico y espiritual, que mantuvo a España unida con el corazón de Europa.

La Reconquista fue el triunfo de un ideal transmitido de generación en generación, pero la España "recuperada" por los Reyes Católicos no sería nunca más la del Reino visigodo. El condado de Portugal, la vieja Lusitania romana, se separa del Reino de Castilla en el siglo XII, para no volver a incorporarse a España, salvo el paréntesis de la Casa de Austria, y terminar recuperando su independencia en el transcurso de la crisis de la Monarquía Hispánica de 1640, después de una guerra civil que se sobrepuso a la rebelión de los catalanes.

Y es que, a lo largo de aquel largo y azaroso proceso, en los distintos reinos y condados, unidos en lo fundamental, separados, en ocasiones por absurdas luchas fratricidas, van surgiendo leyes, costumbres, y lenguas distintas que son el origen

de los movimientos centrífugos que se dan en la España moderna y contemporánea, siempre en momentos de graves crisis nacionales.

Esas diferencias, nunca esenciales, pero tenazmente cultivadas serán las que en los años 70 del pasado siglo, cuando se construía el Estado de las Autonomías serán consideradas "hechos diferenciales" por quienes redactaron y aprobaron los Estatutos de Autonomía de cada una de las Comunidades Autónomas que integran el estado español.

Considerando el inmenso legado común y el punto de partida del que todos los españoles, por encima de las vicisitudes históricas, procedemos, y mientras se cuestiona nuestra propia constitución, cuanto más positivo y esperanzador sería poder hablar de una reforma constitucional en sentido opuesto, es decir, integrador de todos los territorios que forman España.

Superaríamos de ese modo, las nefastas secuelas, que en nuestra patria dejó aquel enfrentamiento Oriente-Occidente que tuvo a nuestra tierra como escenario.